

COMO NOS ENTERAMOS LOS URUGUAYOS DE LA REALIDAD

Washington Lockhart

Los hechos no pueden ser "estúpidos" desde el momento en que todo se reduce a hechos. Lo que es "estúpido" es la apariencia. Y como en ella vivimos, y hasta llegamos a atribuirle una respetabilidad inapelable, se necesita mucha audacia —y perder de paso alguna cordura descolocada— para llegar a recuperar un sentido más o menos diáfano de nuestra situación entre las cosas.

Un hombre civilizado —y aquí ahora lo somos, y con excesos lamentables— es el producto, o más bien el residuo, de una confabulación incalculable de inhibiciones, de síntesis, de demoliciones y reconstrucciones. Su vida —si es que todavía puede llamársele "suya"— se arrastra en consecuencia bajo una red de compromisos tácitos o expresos, entre los cuales y por los cuales se ve constreñido a definir sus actitudes y a enfrentar su circunstancia; su única —desdeñable— ventaja, es que de ese modo puede refugiarse en una remuneradora comodidad y excusarse entonces del penoso trabajo de recabar esas virtudes y energías que, se supone, forman el fondo auténtico de su personalidad. Vive así como aquel "tío" de Dostoyevski, apuntalado por estratégicas muletas,

Washington Lockhart.— Profesor de Matemáticas en el Liceo Departamental de la ciudad de Mercedes. Director del grupo teatral A. M. A. T. de dicha ciudad. Fue co-fundador de la revista ASIR, cuya dirección ejerce actualmente junto con Domingo Luis Bordoli. Ha ganado un concurso organizado por la Junta Regional de Historia de Soriano, con un libro sobre Máximo Pérez, de próxima aparición.

maquillado y reelaborado por increíbles accesorios, reducido en general a un repertorio prefijado de reflejos. Está demás decir que, en consecuencia, carece de un estilo, de un centro que le imponga un sentido a su gestión.

Nuestro país —más que cualquier otro país— es hoy así un inmenso azar. Hombre y mundo, frente a frente, interactúan en irreparable ajenidad. Entre ambos, una malla de ideas, ideas de ideas, conceptualizaciones solidificadas en cosas o en instituciones, constituyen un artificio difícil de vulnerar o asimilar. Las palabras se interponen insidiosamente entre los hombres, sustituyen a las cosas, las vuelven manejables según las técnicas del día, pero a costa de su vigencia enigmática, de esa maravillosa inutilidad que en algunos momentos fugaces, pese a todo, aflora y nos conmueve con la pura sugestión de su presencia.

Recuperar la unidad del hombre y del mundo, del espíritu y de la naturaleza, hacer resurgir del estatuto vigente una veracidad vital que nos permita a nosotros, productos del azar, reabsorber ese azar, incorporarle un sentido, volverlo adecuado a nuestra acción, he ahí el único destino del cual hoy vale la pena hablar. El afán de relevamientos, de encuestas y de estadísticas que en estos años recrudece entre nosotros, nace en parte de esa acuciante necesidad; y no está mal que tratemos de conocernos, en tanto pobladores de tantos kilómetros cuadrados, en tanto productores y consumidores de tales y cuales cosas, de que midamos nuestros pasos, nuestros descensos, nuestros ideales y nuestra burocratización, nuestras preferencias y nuestras indiferencias. Conozcámonos todo lo que se quiera y pueda desde fuera, fichemos nuestras inercias, clasifiquemos nuestras deserciones; revistas como ésta, productos del mismo afán, preocupadas por descubrirle coordenadas a nuestra irrealidad, pueden servir, en grado imprevisible, para preluar una toma profunda de conciencia. Pero no pretendamos, mediante encuestas demasiado horizontales, descubrir y resumir en fórmula viable lo que somos y hacemos, esa verdad actual a la que tan minuciosamente tratamos de asediar, pero que sólo habrá de rendirse a más sutiles procedimientos. No somos, en efecto, otra cosa —cada hombre aislado, así como cada país— que lo vamos siendo, y eso recién se sabrá cuando ya seamos otras cosa, y otras encuestas pretendan descifrarla. Nuestra verdad actual no puede en consecuencia recomponerse como una suma de opiniones circunstanciales. Nuestra verdad se llama audacia, audacia no sólo ante los obstáculos tercos y equívocos que nos atribulan, sino ante nuestra propia inercia, mendiga de conquistas inmediatas que nada solucionan. Necesitamos con urgencia de alguien que nos exalte, de algún resuelto afirmador, y por consiguiente negador, liberado de la oscura pesantez de una razón demasiado parsimoniosa y calculadora, con más pasión que paciencia, cínico e inocente, que nos devuelva el denuedo, el amor a nuestra vida desoída, que nos vuelva más parecidos a nosotros mismos, y que nos haga olvidar un poco los Consejos de Salarios y el opaco espesor de esta vida "terriblemente cotidiana", como dijera Valery.

En su lugar y mientras tanto, ¿qué voces oímos? ¿cómo nos enteramos de nuestra circunstancia? ¿de dónde provienen los aportes decisivos que contribuyen a modelar nuestra personalidad?

Desde que la Revolución Francesa instaurara la instrucción universal, el pueblo quedó al alcance de un mundo del cual, hasta esa época, sólo tenía refe-

rencias parciales e indirectas. La cosa pública se convirtió desde entonces, sin restricciones sensibles, en artículo de consumo general. Todo pudo ser entonces objeto de noticias, y éstas se destinaban virtualmente a todos.

Las consecuencias tenían que resultar considerables. La nueva percepción de las cosas así inaugurada, incluía nuevos procedimientos, nuevas amenazas. La prensa moderna, producto de la masificación, imponía a su vez nuevas modalidades a esa masificación. El mundo pudo ser ahora considerado como material cómodamente digerible, reductible a esquemas cada vez más abstractos y manejables. La gran mayoría de la población, alfabetizada al barrer, absorta en la lectura de su inevitable diario, se fue sumergiendo así en el tembladeral de un mundo de cuya desintegración no le llegaban, ni le llegan aún, noticias fidedignas. Se entera de "todo", menos de la naturaleza ficticia —y facticia— de ese todo. Podría decir, parodiando a Descartes: "Leo el diario, por tanto, existo". Pero carece para ello de una conciencia clara de esa dependencia. Necesitaría, para poder pensarlo, de una prensa en segunda instancia, de alguien a quien apelar, para poder cuestionar un mundo que se le impone con tan irrefutable contundencia. Pero todo induce a dudar de que ese lector, debilitada de tal modo su capacidad de decisión, pueda, aún así, sentir la necesidad de encararse con la realidad directamente, abiertamente, libremente.

La prensa no sólo fabrica la realidad; fabrica también, al mismo tiempo, a un lector capaz de creer en esa realidad que su diario le propone e impone. Como decía un personaje de Maurois: todo aquello de lo cual los diarios no hablan, no existe". Utiliza nuestra invencible propensión a creer en "una" realidad, y no vacila en construirla, mediante un sistema premeditado de filtrados, de silencios y de reiteraciones. "El País" del 12 de julio de 1956 definía así una de las misiones "naturales" del periodista: "Proporcionar informaciones y juicios con todo lo interesante, desbrozados de lo que tiene menos interés o no tiene ninguno; (...) vivimos suprimiendo, resumiendo, eliminando, sintetizando". No puede así extrañar, por ejemplo, que las conferencias dictadas por E. Martínez Estrada en Montevideo, resultaran, gracias a tan peregrino concepto de la "objetividad" periodística, radicalmente alteradas en su intención fundamental. Sin mayores escrúpulos, se fabrica así la realidad en base a ideas previas, entre las cuales es fácil que se filtren entonces intereses menos respetables. Como lo expresara en sus memorias, refiriéndose a la prensa inglesa, el director de la oficina en Londres del New York Times, F. Khun, "la deformación de los hechos se ha vuelto corriente hasta tal punto, aun en los diarios más reputados, que el público apenas lo percibe; las omisiones son tan frecuentes, que yo he podido formar un museo de ejemplos escogidos. El redactor de un diario que fue no hace mucho el mayor órgano británico, se declara tan orgulloso de lo que ha ocultado a sus lectores, como de lo que publica en las columnas de su diario".

Para que esa cuidadosa elaboración de la apariencia resulte eficaz, la prensa debe elaborar, con el mismo cuidado, al lector correspondiente. Su necesidad de interesar y seducir a un porcentaje cada vez mayor de lectores, la obliga a suponer —o en su defecto, a crear— un "lector medio" imaginario, para lo cual se ha ido bajando el punto de mira hasta dar con las cualidades que se presumen más comunes. Eliminadas sucesivamente todas las excelencias forzosamente minoritarias, no queda al final sino un hombre incapaz a todo esfuerzo sostenido, incapaz de comprender nada que no pueda resumirse en fórmulas sumarias y simplistas. Cuidando además de no ahuyentarlo, se trata que, aun la noticia más sensacional, no desconcierte la restringida receptividad del lector; lo importante es no hacerle perder la confianza; el lector debe comprenderlo todo ("debe hacerse creer que sabe todo de todo", preconizaba Lord Northcliffe, creador del diario barato a la americana), debe ver ratificados sus prejuicios, enterarse de lo que infusamente ya sabía. Conviene, es cierto, que las peripecias cambien, por la excitación estimulante que ello procura; pero sin que dejen de ser, tal como son aderezadas, sino avatares o variaciones que ilustran fórmulas y planteos tácitamente admitidos o previstos. (Las alternativas de un campeonato deportivo constituyen un ejemplo característico de esa dramatización aprovechable de la nada.) De ese modo, el lector se reconoce en su diario, se abandona a él, se identifica finalmente de tal modo con lo que lee, que ya no sabe si sus ideas son suyas o del diario, acostumbrado a él como al roce de su ropa interior. Las ideas del diario, de las que el lector cree así extraer sus propias ideas, provienen de las ideas que el diario supone que tiene el lector; y, recíprocamente, las ideas del lector, de las cuales el diario cree (o simula) extraer las suyas, provienen de las ideas que el lector cree que tiene el diario. Desvaída su imagen en ese juego de espejos, el lector termina siendo lo que la prensa necesita que sea (tal como se aconsejaba suponer en la cadena de diarios Hearst): un dócil adolescente con mentalidad de quince años.

Ese doble estrangulamiento, esa doble carencia de masculinidad del diario y su lector, provoca una gradual degradación del mundo irreal en que ambos simulan instalarse, y dentro del cual, esnobismo, sexo y violencia se compaginan sin dificultad con un conformismo cuidadosamente cultivado.

Como contrapartida de esa estabilización de las creencias básicamente necesarias, la prensa fomenta un disolvente descrédito hacia toda otra significación que, sugerida por los acontecimientos, pueda perturbar o contrariar dichas creencias. El diario tiende así a convertirse en una "pocilga de lo inmediato", como lo llama Sartre, en una caza vertiginosa y deliberadamente insensata de los sucesos de actualidad. Mediante una información perentoria y expeditiva, agravada por una lógica informal y dislocada, la prensa propone un mundo que se debate a espaldas de la historia, despedazado en "noticias" y novedades a las que no se halla modo de integrar en conjuntos medianamente inteligibles. El lector, desorientado por esa cacofonía, por ese caso reacto a toda ordenación, queda entonces descreído de todo, sumisamente disponible para la propaganda

que el diario decide difundir. Prodigando las máscaras sucesivas de un hoy siempre derogado, acumulando esas llamativas excrecencias del instante, el diario confirma en el lector su difusa creencia en que "los hechos son estúpidos", que todo no es más que un cuento contado por "idiotas", ante el cual no caben rebeldías, sino una cómoda reiteración de lo que (¿él? ¿el diario?) se obstina oscuramente en creer por mero instinto de conservación. Por poner demasiada atención en lo que pasa, el periodista (ese ser singular situado, según expresión de Eliot, "en la intersección de lo sin tiempo con el tiempo"), pierde ese valor de vigencia intemporal que le da un sentido a cada instante; sucumbe a una curiosidad minúscula y fluctuante, de manera que finalmente el tiempo, descoyuntado, se le escapa entre las manos, desprendido del desarrollo dialéctico del cual todo presente extrae su dimensión histórica. Columnas diversionistas del tipo "El mundo en cuatro líneas", "De la noche a la mañana", "Lo que se dice", etc., son ejemplos típicamente ilustrativos. Y son pocos los lectores que pueden resistir la tentación de abandonarse a esa zaranda desintegradora.

Un periodista consciente de la trascendencia de su gestión tendría que ser ante todo un ágil y denodado buceador de permanencias, de significados intemporales, a través de los sucesos más o menos espectaculares que los ocultan más que evidenciarlos. Alerta al instante, pero para buscar tras él, con la penetración y presteza propias de su oficio, la imagen total, la conexión de sentido que vuelva comprensible la pluralidad dinámica de lo actual. Y no para reconocer en la grosera impertinencia de los hechos algo rotundo y constituido, sino algo que se está constituyendo, tanto en sí mismo como en nosotros. El tiempo debe ser así factor de unidad y no de dispersión, de revelación, y no de mera, aunque profusa, información. Es por querer vivir inmoderadamente en el instante y en el instinto, al minuto, que se perpetúan las situaciones insolubles, que se bloquea la historia, haciéndonos fluctuar entre las soluciones que dicta la pereza y las que dicta la fuerza, en tanto los verdaderos problemas subsisten intocados. Actitudes sanamente críticas como la de "Marcha", rezumando un "esto no tiene arreglo" blando y condescendiente, fomentan esa postergación indefinida; los "problemas" (hoy la carne, mañana la lana, pasado los rancharíos, etc., etc.) desfilan semanalmente en tanto son "nota" apetecible, cediéndose uno al otro el primer plano sin reforzar ningún criterio que visiblemente los aúne. Si pretendemos liberarnos de una vez de la estúpida sucesión de los hechos, de su ciega inmediatez y del vértigo mental de nuestra conciencia discontinua, el presente tendrá que ser concebido (y sentido), no como un estado, sino como un acto, no como una "novedad" autosuficiente —y casi siempre decepcionante—, sino como la manera en que el pasado y el futuro, la tradición y la esperanza, ponen de manifiesto la eterna vigencia de lo espiritual.

El Uruguay, según la Unesco, es el país de habla española donde se leen relativamente más diarios. Más de medio millón por día; uno por cada cuatro habitantes; el doble, en proporción, que la Argentina, el triple que en España,

diez veces más que en el Paraguay. No hay en consecuencia uruguayo que no reciba diariamente su dosis de información, de distracción y de evasión. Ante esa formidable influencia —a la cual la radio, sobre todo en el interior del país, agrega su contribución considerable— la literatura, como factor de formación espiritual resulta ominosamente relegada. La crítica literaria no debería olvidarlo y dispensar mayor atención a esa tremendo aluvión de letra impresa, en lugar de gastar sus energías y penetración hurgando en obras de las que apenas se venden media docena de ejemplares.

Asombra pensar que, pese a tan abundante contenido, la prensa, de acuerdo a lo que determinan su esencia y su conveniencia, apenas si puede desflorar aquello que es "noticia", es decir lo más grueso, inmediato y aprovechable, dejando pasar desapercibido ese cúmulo infinito de sucesos que el incesante fluir de la vida trae cada día, perdidos en su mayor parte en la incomunicada intimidad de cada uno. Nuestra prensa no podría escapar a esa incurable insuficiencia, e incurre, en grados variables, en las aberraciones consiguientes. Una confrontación con la prensa extranjera permite establecer —sin espacio aquí para más detallado examen— algunas maneras características que tiene nuestra prensa de agravar o atenuar esa en parte irremediable simplificación y alteración de la realidad.

En primer lugar, el hecho de ser prensa de partido le permite preservar una coherencia ideológica que les falta por ejemplo a los grandes rotativos de los EE. UU., órganos de empresa encadenados a vastas organizaciones, y, por consiguiente, a las inconfesas motivaciones impuestas por los poderosos intereses que los respaldan. Esa coherencia de intención de nuestros diarios perjudica en general, claro está, su ecuanimidad, defecto que para el lector medianamente advertido pierde su virulencia, desde que son notorias y explícitas las ideas que cada diario sostiene y preconiza. Si algo, al contrario, debemos lamentar, es que no lleguen a ser una plena y fiel expresión de su partido, que permitan que sus propósitos se enturbien bajo la presión comercial, tanto, por otra parte, como por el afán de conquistar al lector mediante golpes bajos sistemáticamente propinados. Y toca aquí mencionar los aspectos más negativos, más alarmantes de la prensa actual: buscar demasiado la seducción visual, la sugestión a primera vista, mediante llamativos titulares y una fraseología sonora y rotunda, prodigando fotos e historietas, no aspirando a ser releídos sino a ser digeridos sin mascar; de ese modo debilita y abarata el juicio del lector, lo vuelve elemental, propicia su inestabilidad intelectual y emocional, lo mantiene en vilo, ávido de catástrofes y novedades sin las cuales ya no puede vivir, lo sumerge en una nada intensamente coloreada, tiende a volver superfluo todo recurso intelectual, cultivando en su lugar sus reflejos y su piel ("lo más profundo del hombre actual", según frase de Valery) sembrando en ella un vasto repertorio de deseos postizos mediante una propaganda que no admite dilaciones ni estancamientos de la demanda. Subyugado por ese espejo capcioso de su más explotable irrealidad, el lector vive —cree vivir— en esa inventada, inveterada superficie, infestado por una sexualidad difusa y salaz, por esa excitabilidad afrodisíaca en la que Bergson veía la característica más saliente del hombre moderno. Instruido en ese mentido goce de la vida, equivoca finalmente su felicidad, se extenúa en su peregrinaje cotidiano de interminable

Don Juan, en su renovada espera de algo que nunca puede colmarlo, perdido finalmente en el vacío vertiginoso de su soledad, en la estéril angustia de su espíritu vacante.

Nuestra prensa puede considerarse libre, en proporción poco usual, de la presión del Estado, cuya influencia apenas si se insinúa discretamente en la distribución del papel y algún otro detalle material. Pero lo es mucho menos del alto comercio, cuyo importante aporte publicitario le impone sensibles sujeciones, tal como lo revelara con elocuencia la encuesta efectuada en 1948 por la Asociación de Prensa del Uruguay; el 96 % de los periodistas requeridos, estableció la decisiva influencia que ejercen los grandes avisadores, en tanto un 78 % señaló las restricciones que sufre la libertad de crítica frente a una larga serie de empresas y servicios (Bancos privados, frigoríficos extranjeros, grandes comercios, empresas de pompas fúnebres, grandes importadores, compañías de transportes, de bebidas, etc.). Se señalaron además los obstáculos interpuestos a la creación de nuevos diarios, fenómeno que se agrava cada día por motivos económicos y legales, y que este último año se agudizó en el interior del país, con la desaparición, difícilmente reparable, de gran cantidad de órganos, muchos de ellos independientes. Se acentúa así el proceso de concentración, proceso al que está lejos de ser ajena la acción estatal, y que nos hace temer que lleguemos algún día al extremo lamentable de países como Méjico, donde aun los diarios opositores —“El Popular” y “La Universidad Obrera” de Lombardo Toledano— están indirectamente subvencionados por “La Nacional Financiera”, y cuyas opiniones —según escribiera Jacques Severin en “Esprit” de mayo de 1952— van tan lejos como lo permite el gobierno”. La absorción del individuo que lleva a cabo el poder político del Estado, exige, cada vez con mayor intransigencia, del ciudadano-funcionario (que todos, más o menos, lo somos) una sumisión inconsulta en todo lo que pueda afectar la estabilidad del régimen. Esa centralización abstracta e impía, enemiga irreconciliable de toda clase de comunidad natural, fomentadora de la macrocefalia capitalina, así como de la macrocefalia partidista, tiende a orientar la evolución de la prensa hacia esa Neo-Habla que pronosticara Orwell en su “1984”, lenguaje cifrado donde, incluso, puede exaltarse la libertad, y sufrir bajo ese rótulo indiscernibles esclavitudes. No es esa aún, ni de cerca, nuestra realidad periódica; nuestros diarios conservan, en efecto, en general, una flexibilidad de intenciones que no se advierte en países sometidos a una uniformidad monolítica. Permite que un mismo diario —pongamos por caso “El País”— contenga incluso contradicciones, y facilite —en su “Tribuna para la Juventud”, en su página literaria— la publicación de opiniones discordes con las mismas que, con tanta rigidez, sistiene en sus columnas editoriales de la quinta página, o en esos artículos, de un anticomunismo casi siempre pueril, que prodigan las distribuidoras norteamericanas. En otros diarios —“El Día”, “El Plata”— dicha rigidez, de un esquematismo y modicidad difícilmente superables, no sufre casi excepción; los editoriales de “El Día” —y “El Día” parece siempre un largo y monótono editorial— son, lo eran sobre todo hasta hace poco, ejemplo de incommovible, plúmbeo dogmatismo; no se concibe un diálogo con ellos, ni ellos,

por lo demás, se dignan buscarlo, encaramados en su imperturbable lejanía; en la columna del lector, éste se limita así a expresar la necesidad de alguna alcantarilla, o de que hagan callar al perro del vecino.

El delegado hindú Radakrishnan, en oportunidad de la Octava Conferencia General de la Unesco efectuada en Montevideo en 1954, lanzó un llamado oportuno: “La repercusión inmensa de los medios de información en nuestras vidas, estimula la pasividad, el conformismo y la aquiescencia. Las mentes jóvenes se hallan expuestas a la objetividad superficial, a las divisas, a las palabras arteras, que les disponen a la aceptación de lo fútil”. En esa dirección, el defecto más lamentable de nuestros órganos de prensa es carecer de ese sentido de la libertad de palabra que definiera, con exacta conciencia liberal, el juez norteamericano O. Wendell Holmes, como “la libertad para el pensamiento que odiamos”. Entre nuestros liberales se ha abierto camino, y se ha consagrado, al contrario, la perniciosa consigna de que la libertad debe negarse a los enemigos de la libertad, lo que permite, a favor de interpretaciones capciosas, las más bizarras descalificaciones. No es extraño que se incurra así en graves atentados; baste recordar la censura que durante la huelga universitaria de 1953 se le impuso a los comunicados enviados nada menos que por la Facultad de Medicina; las amenazas del tipo de la que, bajo el título “No lo conseguiremos”, le formuló un diario, en ocasión de las medidas de seguridad adoptadas por el Gobierno, al órgano del Partido Socialista, observando “su vehemente empeño por ser objeto de sanción por parte del Gobierno”; agregando: “el Consejo ha entendido que dada la escasa difusión del órgano en cuestión y su inexistente gravitación en la opinión pública, no vale la pena adoptar medida alguna a ese respecto”. Es decir que la libertad de prensa se entendía como un premio a la ineficacia; un diario podía seguir opinando libremente en tanto sus opiniones no fueran mayormente escuchadas. Es en ese filo de navaja, generalmente inadvertido, donde se sostienen nuestras libertades en apariencia tan sólidas.

Ejemplos de intemperancias, de silencios, de proscipciones, podrían anotarse, claro está, en todos los diarios; incluso en el semanario socialista, incluso en “Marcha”, pese a su alarde, no del todo injustificado, de irrestricta tolerancia. El mal no es tan grave en tanto esas intemperancias se entrecruzan y complementan; pero puede ser letal para el lector que se limita a un solo diario; ¿qué idea habrá de formarse, por ejemplo, del comunismo, el lector exclusivo de “El Día”?; ¿o qué idea del espíritu religioso el lector de “El Sol”, Timonel inclusive?; ¿o de los EE. UU el de “Justicia”?; ¿o de Neruda el de “El País”? Porque, cosa curiosa: sería difícil encontrar en los países más “occidentalizados” posiciones tan extremadas como las de “El Día” y, con ciertas salvedades, como las de “El País” y “El Plata”; una prédica que busca la contundencia a toda costa, una persuasión obtenida a fuerza de repeticiones, sazonadas eventualmente de intimidación. Y sin embargo, en esos mismos diarios aflora, o se insinúa —y de ahí nuestra esperanza— una actitud atenta a la complejidad problemática de lo humano. Virtud uruguaya, enclenque y desvalida, es cierto, pero que ha sobrenadado a tantos aluviones masivos, de hombres, de ideas, de “noticias”; hombres e ideas y noticias que, irrumpiendo irregular y fragmentariamente, desconectadas de sus razones de origen, en oleadas propiciadas por circunstancias eventuales —facilidades ocasionales a la inmigración, sucesos euro-

peos, campañas editoriales como por ejemplo la de Sempere a principios de siglo— embrollaron todos los diálogos, nos volvieron ricos en materias primas, dejándonos en cambio pobres en técnicas y en predisposiciones para explotarlas, así como en criterios para ordenarlas y valorizarlas. Y fue así que, mientras en Ateneos y en una "intelligentsia" restringida se manipulaban y repetían los últimos gritos de París, el hombre común, cada vez más enajenado, fue cayendo en un blando conformismo, en una abulia ecléctica o escéptica ante valores espirituales que traían poco más que su prestigio, reducida a jirones su fundamentación original. Y así fuimos creciendo, aturdidos por esa disonante concurrencia de ideas aisladas, en el seno de una cultura sin convicción, indigerida; tal como si hubiéramos tragado conejos enteros —utilizando una expresión de Sartre— y nos hubiésemos tendido al sol, evitando todo movimiento innecesario.

En ese caldo de innominables cultivos, sólo pudo prosperar una prensa garantizada por un respaldo económico cada vez más inaccesible. Sus principios ideales sufren así sensibles decaimientos. Ya es difícil que resurja aquella prensa radicalmente principista de "El Siglo", romántico baluarte —que a veces lo fue hasta en el sentido material de la palabra— de ideas todo lo desarraigadas que se quiera, pero donde la virilidad y el desprendimiento las volvían respetables, inclusive admirables. Aunque volvieran —lo cual es materialmente inconcebible— periodistas de la entereza y de la talla de un Emerson, de un Carlyle, de un Sarmiento, de un Zola, de un Martí, de un Carlos M. Ramírez, no podrían ser ya casi oídos por un lector cada vez más ensordecido y absorbido por crónicas deportivas, o sobre platos voladores, o por historietas supersintéticas, o por las vocingleras propagandas que prodigan los incansables tramoyistas de la oferta. Los pocos artículos firmados que hoy subsisten, entre tanta columna cada vez más anónima, más regimentada, apenas si van más allá de las actitudes tranquilizadamente escépticas, o diversionistas, que caracterizaran a un Anatole France, a un Zozaya, como hoy a un Arciniegas; artículos en donde la nota de independencia y denuncia sólo alcanza, atenuada por calculados algodones, un valor meramente estético, deliberadamente inocuo. Y es que, como señalaba Erico Verissimo, "comenzamos a ver definirse un movimiento de repulsa hacia el escritor, hacia el hombre de pensamiento", hacia esas "criaturas inciertas, versátiles, portadoras de ideas peligrosas para la salud física y moral de la nación"; y reacias —agreguemos— a la seducción con que previamente, cautamente, se intenta prostituir las.

García Monge, en un artículo que titulara "Así les haría yo un diario"; Bertrand Russell, con su idea de un diario único conteniendo páginas redactadas por los distintos partidos, buscando de ese modo inmunizar al lector contra los estragos de la elocuencia mono-dirigida; Simone Weil, proponiendo instaurar la censura contra "la bajez del tono y del pensamiento, el mal gusto, la vulgaridad y una atmósfera moral solapadamente corruptora"; los Códigos

de moral profesional redactados por la Asociación de Prensa del Uruguay, con sus tres repartidos (moral profesional, sindical y general) y sus 44 incisos, o el Código Internacional de Ética periodística votado en Montevideo por la Subcomisión de la Unesco en 1953, son, todas ellas, distintas maneras de recorrer la gama de la impracticabilidad. Toman todas como punto de partida a un periodista inexistente, absorbido de hecho por la organización, a un asalariado que, más que pensar, es pensado por la empresa, a un periodista cuya mayor habilidad es aparentar que piensa por cuenta propia, para escribir luego artículos "jugosos", con todas las apariencias de la vida. Pero aunque tantos caminos hayan sido bloqueados, la realidad actual de nuestra prensa no autoriza tan radicales desánimos. Puede confiarse —y no faltan razones para ello— en que su plano se enaltezca, porque puede confiarse en la irreductible integridad de muchos de quienes crean y trabajan en ella sin sufrir mayor menoscabo espiritual. Por lo demás, en los últimos años, es notoria la superación estilística que se observa en la mayoría de los redactores, la creciente corrección de los recursos empleados, así como ese sentido de la responsabilidad con que trata, en todos los asuntos, de asesorarse y satisfacer una expectativa que, en cuanto a justeza de detalle, se rodea hoy de exigencias que quisiéramos ver extendida a sus apreciaciones de conjunto. Falta, pues —pero no hay por qué creerlo irreparable— que el periodista aproveche el máximo del margen de que dispone para acercarse a su verdad, único modo de llegar a la verdad del hombre en general, es decir, de reencontrar la verdad de cada hombre en particular.

Capítulo aparte —que aquí debo resumir— habría que dedicar a la radio. La radio no sólo no fomenta, sino que impide, por su misma índole, la revisión, la relectura; se ve así casi obligada a extremar los expedientes simplificadores, al punto de que se ha calculado que no pasan —y se recomienda que no pasen— de uno o dos centenares las palabras utilizadas en los libretos radioteatrales. Restos de residuos de lo que fue cultura, radioactivados artificialmente por un patetismo sensiblero y llorón, o por un humorismo a toda costa. Entre sus más lamentables consecuencias no puede dejar de mencionarse la ya casi total inexistencia del folklore, del paisano arraigado en su tierra y en su círculo social; hoy todos viven pendientes de Peñarol y Nacional, de Alberto Castillo y de los chistes de Sandrini. Se pagan caro, de ese modo, los beneficios, muy relativos y condicionados, que resultan de la muy discutible ampliación del mundo que proponen los modernos medios de información. La Educación debería ser, a ese respecto, un medio incontaminado de resistencia; porque también —nada más que "también"...— aprendemos la realidad a través de las instituciones de enseñanza, y éstas suponen demasiado un educando virgen e inocente al cual se le puede construir un alma amontonando asignaturas. Educar, hoy, tendría que ser en primer lugar deseducar, luchar contra el caótico desorden que tanta información y tanta aberración sentimental y conceptual nos inculcan desde que nos sonsacan de nuestra infancia. Educar tendría que ser competir, de frente, explícitamente, con ese contagioso modelo de vida que el cine propaga y con el que estraga pueblos y ciudades, reforzado por la insi-

diosa virulencia de la radio; tomar, como punto de partida, esa apetencia difusa y obsesionante que suscita la propaganda, ese hombre que ya no cree poder vivir sino al nivel de sus apetitos, convertido por la oferta en mero deseador de cosas, en un consumidor cómodamente previsible y manejable.

Una sociedad tiene la prensa que se merece. En efecto: el lector de diarios no puede ya dejar de serlo, ni, por su parte, el diario puede soltarlo; a los dos les va la vida en ello, y ambos tienden así a parecerse en lo que tienen de más intercambiable. Pero aunque ese diálogo pretenda ser exclusivo, abarcarlo y conformarlo todo a sus bajas conveniencias, no faltan en nuestro país quienes se resisten a marcar un paso que discrepa de modo tan flagrante con nuestra necesidad de convivir y de comunicarnos. Su influencia efectiva es imponderable, imposible, no sólo de medir, sino tan siquiera de localizar; pueden influir, en efecto, desde los ángulos más imprevisibles: desde revistas y publicaciones de tiraje restringido, desde alguna mesa de café, o desde una sala de clase; o, simplemente, con el ejemplo vivo de su conducta, de su presencia invulnerable; y hasta pueden hacerlo —y en este momento lo hacen— desde algunas columnas periodísticas; como decía Francisco Ayala, “la obra de esos escritores auténticos se filtra en alguna medida —insuficiente desde luego— hasta la casa”; lo difícil es eludir “las peores consecuencias de ese entregamiento”, no prostituirse; seguir escribiendo como quería Nietzsche: con nuestra sangre. Y nunca desde nuestra desesperación, sino —repitiendo la frase de Bernanos— con toda nuestra esperanza.